

¿Dios ama a las mujeres?

Anne Soupa



SAN PABLO

Introducción

¿Dios ama a las mujeres?

Desde que un amigo me la planteó, esa pregunta no ha parado de rondarme, y yo, por mi parte, no he dejado de darle vueltas.

Mi primera reacción fue sonreír. ¡Valiente ingenuidad! Aunque, bien mirado, también tiene su aquel jugar a que Dios sea un ser humano y esté enamorado de todas las mujeres, incluida yo misma, que soy una mujer... A esa breve pregunta no le falta su encanto, su tierna seducción. Pero lo primero que hago, antes que nada, y no podía ser de otro modo, es quitar esos dos signos de interrogación, que tanto me molestan. ¡Por supuesto que sí! Dios nos ama a todos, no faltaría más, y, cuando lo pensamos, sentimos un estremecimiento de gozo. Citera¹ no está lejos, ¡embarquémonos lo antes posible!

Pasado el estremecimiento, la frase, a pesar de su sencillez, me ha revelado variadas y enigmáticas facetas.

¹ Citera es una isla griega, en el Egeo. Notable en la mitología griega, por ser el lugar donde se fijaba el nacimiento de la diosa Afrodita, ha llegado a tener destacada presencia en la cultura francesa (literaria y pictórica) de los últimos siglos, donde representa un lugar utópico asociado con el amor. (N. de los T.).

Y es que, para empezar, no nos basta con sentirnos amados. También es preciso que quien nos ama lo declare; es menester que Dios exista y forme parte, en primera persona, de la relación. ¡Y yo me lo creo a pies juntillas! Ni que decir tiene que podría limitarme a habérmelas con el nombre de Dios, a reducirlo a un concepto, a una mera fórmula a partir de la cual extraer elementos supuestamente objetivos con los que ofrecer una respuesta. Desde luego que sí. Podría quedarme en el puro gesto, en hacer «como si», pero no me apetece lo más mínimo. Es a Dios a quien me dirijo y ciertamente lo juzgo capaz de contestarme. Lo cierto es que recibo la pregunta de si Dios ama a las mujeres, desde la fe, y desde la fe trataré de responderla, en lo que respecta a la Iglesia católica.

El siguiente escollo que hay que superar es averiguar cómo nos llega su amor. Los que hablan en su nombre, los creyentes de su Iglesia, y en particular quienes la guían, son responsables de que se dé a conocer el amor de Dios. Podría afirmarse incluso que esa es su misión esencial. ¿Y están ellos convencidos de que Dios ama *también* a las mujeres? Eso no está tan claro...

En este punto se tambalea mi certidumbre. Y no es cosa baladí, ya que la respuesta importa mucho. Si se tratara de saber si Dios ama a los caracoles, yo seguramente habría contestado que sí, que los ama, en Inglaterra más que en ningún otro sitio, pero habría seguido adelante, sin más. Lo cierto es que, en nuestros días, hay

un debate en torno a las mujeres; en la Iglesia católica, desde luego, pero también en las sociedades en general, tanto en las nuestras como, aún más probablemente, en ciertos grandes países donde su situación es dramática. Y pienso en India, en los países árabes, en China. Y asimismo, mucho más de ahora en adelante, en nuestras sociedades occidentales, donde se diría que la mejora de condiciones de las mujeres fuese, en realidad, «un asunto de hombres». ¿O no es cierto que estos andan a la busca de su propia identidad?

Reconozcamos, por decirlo todo, que en nuestros días lo que está en debate es la diferencia, pues se ha abierto una grieta en lo que creíamos saber de la diferencia entre hombre y mujer. Asistimos a una crisis del género, que es imposible pasar por alto, pues las actitudes al respecto son apasionadas y con frecuencia excesivas. De modo que hoy tengo verdadera necesidad de saber qué piensa Dios de los seres humanos de sexo masculino, de los seres humanos de sexo femenino, de lo que diferencia a unos de otros y de las relaciones que entablan entre sí. Replanteemos, pues, la pregunta: ¿Dios nos ama en cuanto seres humanos, o bien como seres humanos diferenciados por su sexo, dotados de una vocación concreta? ¿Es acaso Dios quien le dice a las damas que bailan en el Puente de Aviñón que hagan una cosa y a los caballeros otra distinta²?

² Referencia a una célebre canción infantil francesa.

Cuantas más vueltas doy alrededor de la pregunta más audaz me parece y más lejos me lleva (mucho más de lo que habría imaginado) mi deseo de encontrar la respuesta. ¿De qué modo muestra Dios que ama a cada uno de nosotros? ¿A través de nuestro éxito, por la fortuna de cada uno, concediéndonos una descendencia tan numerosa como las estrellas? Muy cándido hay que ser para pensar que las cosas son así de simples... Job, que tenía todo eso y, encima, era un hombre justo, lo perdió todo; los profetas fueron lapidados, y a Jesús el justo lo clavaron en el madero de la cruz. ¿Cómo, pues, trata Dios a quienes ama?

La respuesta es que Dios no les evita a quienes ama los malos tragos que la vida ofrece. La libertad humana está en acción, aunque no pueda ofrecer justificación razonable de todo: de las catástrofes naturales, de los accidentes imprevisibles... Y, por si fuera poco, la lucha por la justicia y la fraternidad pone en riesgo sobre todo a quienes se embarcan en ella. Solo la resurrección de Jesús, que justifica el haber entregado su vida por amor, nos demuestra que el amor sale victorioso. En ello tenemos el signo principal que hemos recibido del amor de Dios. Y de ahí que sea posible sostener que aquellos a quienes Dios ama son los que aman a la manera de Jesús. Esta es, sin duda, una buena pista para iniciar la indagación.

Pero bueno..., otra vez estoy hablando de amor... ¿No es demasiado? Recurrir a palabras tan grandio-

sas entraña un grave riesgo. Siendo, como es, persona inteligente y bien intencionada, mi amigo estaba convencido de que, con su pregunta, me invitaba a echar el resto. ¿Cómo podemos pedirle a Dios que nos ame si nosotros no lo amamos a él desde el fondo de nuestros corazones, sin limitarnos a la mera puesta en práctica de mandamientos formales, exteriores? Puede darse el caso de que yo misma, para empezar, pero también usted, amigo lector, amiga lectora, nos aventuremos a explorar las páginas que siguen partiendo del hecho cierto de que «Dios sí que me ama», o «Dios sí que la ama», pero sin saberlo.

¡Ojo! Con el amor de Dios no se juega. No estamos hablando de chocolatinas ni de la última novedad en aparatos electrónicos. O se cree o no se cree. Y, si creemos, sabemos lo que le debemos. De manera que la respuesta, si es que existe, cae toda bajo el dominio del verbo amar. ¡No es pequeña ambición!

Y lo primero que hago es abrir mi Biblia. La Biblia, que es una fuente, una fuente inagotable de agua viva, capaz siempre de ahitar nuestra sed. Cuando la leo, tengo la certeza de que ahí es donde se juntan la palabra de los hombres y la Palabra de Dios. ¿No es ahí donde puedo averiguar si Dios ama a las mujeres?

Índice

	Págs.
Introducción ¿Dios ama a las mujeres?	7
1. Iguales en manos de Dios	13
«Varón y mujer los creó»	14
El surgimiento simultáneo de una diferencia.....	19
2. La dichosa «diferencia»	23
Mientras <i>ha 'adam</i> dormía	27
La complementariedad sexual	32
Hacerse con la carne del otro	36
Diferenciarse de los padres.....	41
3. Las mujeres de la Biblia	47
¿El fin de los comentarios misóginos?	48
¡Ojo: terreno minado!.....	51
Historias de familia.....	53
4. Una gran historia de amor	59
Los papeles principales	61
Jesús y las mujeres	63
La acogida de las mujeres	67

La obra de lo femenino y la de lo masculino	73
Mujeres al servicio de la fe.....	79
5. El tiempo del desamor	85
¿Mujeres diaconisas, sacerdotes, obispos...?.....	86
En manos de los clérigos.....	90
Una hermosa manera de huir.....	94
6. La mujer «made in Vatican»	103
El encuentro fallido con la emancipación femenina	104
Bajo el prisma de lo masculino.....	107
La exaltación de diferencias precisas.....	110
Un feminismo mal visto	113
7. Sexualidad, maternidad, amor y procreación	117
Hacia una multiplicación de las diferencias	118
Los fines del matrimonio	121
8. Las mujeres y lo femenino	129
Cómo Sofía se convirtió en mujer.....	131
Dos cuestiones capitales	133
Diferencias y desigualdades	136
9. Las «pequeñas manos» de la Iglesia	139
Un nuevo proletariado	141
Ni este honor excesivo, ni esta indignidad	144
Y por si fuera poco.....	148
La condición masculina del sacerdote	151
Palabra pública y gobierno	156
 Conclusión: El músico del Puente de Aviñón.....	 167
Bibliografía.....	175